

1

CASTILLO DE COILL, ESCOCIA

AGOSTO DE 1450

A pocas semanas de despedir el verano, Daimh Mackenzie, el *laird* del clan Mackenzie, daba la orden de elevar el rastrillo de la fortaleza para dejar paso a los visitantes. Llevaban días esperando su llegada. Los McLeod, más que un clan amigo, era un clan al que llamaban familia. En especial para Daimh, quien creció sintiéndose uno más de ellos hasta que el destino lo situó a la cabeza de los Mackenzie.

Daimh aguardaba junto a su esposa, lady Aila. Esta había tenido que transitar por las oscuras garras del miedo y el fanatismo de la época. Era una mujer fuera de lo común que se regía por las leyes de la naturaleza, era devota de su propio don y le rendía pleitesía a la Madre Tierra. En definitiva, alguien que levantaba suspicacias y miedo a partes iguales, que era incómoda cuando dictaminaba verdades y que intimidaba cuando realizaba predicciones. Muchos la llamaban «Gente de Astucia»; otros sabían que era la mensajera de Elphame; el resto del mundo la llamaba «bruja».

La castellana Mackenzie acompañaba a su esposo en su labor como jefe del clan con entusiasmo, aunque a menudo se metiera en líos al discrepar con la mentalidad de muchos de sus habitantes. En más de una ocasión deseó volver a la isla de Skye, a su cueva, lejos del caótico, ambicioso y destructivo mundo en el que vivía. Siempre que sus pensamientos giraban

en torno a una huida, sus ojos recaían en Daimh y en sus hijos. Cuando captaba la perspicaz mirada de Nimue, la primogénita, o cuando reía ante la tozudez que marcaba el carácter de Eiden; entonces, en ese instante, todo merecía la pena.

Días como aquel le generaban gran alegría, pues se volvía a encontrar con los amigos McLeod. Aila ensanchó su sonrisa cuando reconoció a Clarion y a Archie sobre sus exhaustas monturas. Los seguía la comitiva que escoltaba al laird del clan McLeod, Alistair McLeod. La última vez que pudieron visitarse había sido en primavera. Daimh y Aila levantaron la mano a modo de saludo: ella la agitó en el aire, él se la llevó al pecho. Enseguida descendieron por los escalones que los separaban del patio de armas. Allí se abrazaron a los guerreros, a los que consideraban hermanos.

Archie fue el primero en recibir la bienvenida de la castellana. Levantó por los aires a Aila antes de depositarla en el suelo. Era un hombre de gran estatura, hombros anchos debido a los duros entrenamientos y mirada serena; tenía el pelo castaño cobrizo y ojos color ámbar, y ostentaba un carácter tranquilo pero fiero si ponían a prueba su lealtad hacia los suyos. Era la antítesis de Irvyng, quien se había consagrado como consejero de los Mackenzie y era fiel a Daimh en particular. A pesar de su nobleza solía mostrar malos modales, prefería los gruñidos antes que las palabras y detestaba todo lo que era foráneo o desconocido para él. Su frialdad solía ser ignorada por la mayor parte de su clan, pues sabían que Irvyng era tan bárbaro como inteligente y sensible.

Irvyng dejó que Aila fuera la primera en saludar a Archie antes de acercarse a este. El abrazo de oso de Irvyng hizo crujir las costillas del recién llegado, quien respondió con una sonora carcajada. Estaban de nuevo juntos, Daimh, Clarion, Irvyng y Archie. Manotazos, espaldarazos, risotadas y comentarios jocosos formaron parte del reencuentro.

En plena bienvenida Aila corrió a abrazar a Clarion. De los cuatro guerreros que se sentían hermanos era quien se tomaba las cosas con el mejor humor, complementándose de esta manera con la tendencia fatalista que solía acompañar a Daimh. Era el McLeod más risueño, quien lograba transformar el relato de la mayor tragedia en una anécdota divertida. Todos contaban con Clarion en las celebraciones, pero nadie se dejaba engañar por su buena disposición, pues era de sobra conocida su destreza en el campo de batalla. No existía la comedia para él si había que defender la justicia, el honor y el clan. Su rostro se transformaba cuando entraba en combate y sin miramiento alguno atacaba como un auténtico salvaje. Después, una vez terminaba todo, volvía a brotar la chispa bellaca con la que se dirigía por la vida.

El roce de sus brazos con las manos de Aila forzaron una visión en ella. El fogonazo de imágenes, sensaciones, olores y ruidos desbordó a la hechicera. Su melena castaña cubierta de hebras rubias bailó ante su tropiezo, pues sus rodillas le fallaron. Los ojos rasgados de color verde se cubrieron del brillo ambarino que anunciaba la activación de su don. Sus manos se clavaron en los brazos de Clarion, aferrándose a él, consciente de que era la fuente de su clarividencia.

Por un momento creyó que la habían devuelto al pasado. En cambio, la sucesión de terroríficas imágenes le mostraron su equivocación. Los dioses le revelaron una realidad que se vivía a cientos de kilómetros de allí pero que estaba íntimamente relacionada con el destino de Clarion McLeod.

—Me considero hartito irresistible, milady, pero creo que os excedéis con vuestro entusiasmo.

Clarion hizo el comentario ajeno al tormento por el que pasaba Aila al mismo tiempo que trataba de mantenerla en pie.

—¡Eh, Aila! ¿Qué sucede? —Clarion, algo más preocupado al atisbar el rostro níveo de su amiga, cambió el tono de sus palabras, y comprobó cómo la joven se doblaba en dos sobre su antebrazo, comenzaba a sudar y sus ojos dorados se inyectaban en sangre. Ante la fatalidad del momento decidió que era hora de pedir auxilio al esposo de Aila, quien estaba más acostumbrado a ese tipo de trances—. ¡Daimh! —llamó.

Para sorpresa de todos, Daimh tampoco fue capaz de hacerla reaccionar en cuanto le apartó el pelo del rostro. Con un movimiento involuntario, Aila vomitó con desconsuelo.

El azul que dominaba la mirada del jefe Mackenzie quedó expuesto ante la congoja. Jamás había visto a Aila en aquel estado, y le aterraba pensar que le podía ocurrir algo malo. Todos sus sentidos se mantuvieron pendientes de ella, al mismo tiempo que la llamaba para que volviera al mundo de los vivos. Esto le permitió adivinar que Clarion era quien había provocado que el don surgiera con violencia. Con un rápido movimiento la separó de él y la tomó en sus brazos. La distancia logró que cesara la reacción virulenta antes de que llegara la inconsciencia.

Abrumados, siguieron a Daimh hacia el interior de la fortaleza. Todos quisieron saber qué había ocurrido con la entrañable Mackenzie. Irvyng fue quien se hizo cargo de los invitados. Los mantuvo al margen y dejó espacio al matrimonio para que todo volviera a su cauce. Hacía años que se había erigido como el protector de Aila, por lo que nadie osó llevarle la contraria cuando había ordenado que esperaran a tener noticias de la castellana mientras se instalaban en los aposentos reservados para cada uno.

En el instante en que Daimh depositó a Aila sobre el lecho una sirvienta apareció con aceites, paños y agua para reanimarla. Las pestañas, empapadas en lágrimas, comenzaron a

moverse inquietas. El laird no se separaba de su lado, y la tomaba con fuerza de la mano. Con un quejido, Aila recobró la lucidez.

—¿Cuán grave es lo que has visto para que me hayas estrujado el corazón como lo has hecho? —preguntó con el miedo aún bailando en su mirada—. Creí que no lograría traerte de nuevo.

—Clarion —logró pronunciar Aila antes de verse sorprendida por un sollozo.

—¿Qué le va a ocurrir? ¿Podemos evitarlo? —Ella meneó la cabeza como respuesta—. No puedes decirme esto, Aila... Lo lograste con Alistair...

—No. —Aila necesitó unos segundos antes de continuar hablando—. Nada podremos hacer por ella.

—¡Aila! —Daimh no estaba dispuesto a dejar que uno de sus mejores amigos muriera sin luchar antes. En cuanto su cerebro volvió a analizar la respuesta de su esposa, se detuvo—. ¿«Ella»?

Aila comenzó a describir la violenta visión al mismo tiempo que trataba de darle cierto orden y sentido a cada imagen. Exhausta por la experiencia vivida, notó cierta somnolencia, pero antes hizo prometer a Daimh que no le contaría nada a Clarion.

—No hay nada que él pueda cambiar. Tampoco nosotros —se lamentó Aila—. No debemos impedir que siga el curso natural. De lo contrario, nada terminará como es debido. Los dioses me han mostrado parte de lo que va a ocurrir para estar atentos cuando llegue el momento y prestar nuestra ayuda cuando debamos ofrecerla.

—¿Qué relación tiene esa muchacha con Clarion?

—No se conocen aún, por eso no podemos perturbarlo con ello.

—Sea —aceptó Daimh, cabizbajo.

—Agasaja bien a nuestro amigo —le aconsejó Aila a su esposo tras recibir un beso cargado de consuelo—. En unas semanas todo cambiará para él. Deberá enfrentarse a la mayor oscuridad que reina en esta tierra, y sospecho que lo hará en nombre del amor.

2

EN TIERRAS INGLESAS

Lejos del clan Mackenzie, más allá del dominio escocés, una joven se veía abocada al terror. Elinor Multon había nacido en Carlisle, Westmoreland. Nadie que creciera al norte de Inglaterra era ajeno a las historias sobre escoceses, menos aún a las fábulas que relataban las hazañas de los terribles *highlanders*. Quinta en la línea de sucesión de una familia que llevaba con orgullo su título de barones de Burgh, creció bajo la influencia de su nodriza, Forbia, de origen escocés.

Su educación estuvo marcada por las regias normas católicas, en las que siempre se encontró cómoda. No tuvo la presión de su hermana mayor, Sigourney, quien fue obligada a casarse joven para traer buenos acuerdos para la familia. Ella apenas había vivido una década cuando la vio marchar, ahogada en llanto por un devenir junto a un hombre demasiado mayor para ella. Cierta congoja la recorrió, pero pronto sus deberes en el hogar la hicieron evadirse de la futura probabilidad de contraer matrimonio como intercambio de intereses económicos.

Su familia se había instalado en las tierras pertenecientes a la baronía. Burgh by Sands fue la aldea donde creció al amparo de su familia. La relación con sus progenitores siempre fue distante, algo habitual en su entorno. Todos andaban demasiado ocupados en sus quehaceres y obligaciones. Elinor agradeció que su niñera, quien le enseñó a hablar no solo el inglés, sino también las distintas lenguas escocesas, se mantuviera a su lado a pesar de los años.

Sus hermanos menores necesitaban de su atención, por lo que se sintió afortunada por poder ayudar en su educación. Para ello la baronesa estuvo conforme en que Elinor aprendiera a leer y escribir, y llegó a aprobar que recibiera clases de francés, pues rondaba la posibilidad de que la joven se emparentara con una familia noble de Lyon. De esta forma, en Elinor fue fraguándose una personalidad noble, comprometida, pero, sobre todo, independiente.

A sus catorce años, próxima a acatar la alianza con una familia de origen francés, la tragedia se cernió sobre los Multon. La peste asoló Carlisle cuando el padre de Elinor se encargaba de unos negocios en la ciudad. A su vuelta aparecieron los síntomas, y su esposa lo acompañó poco después. Los barones fallecieron con meses de diferencia y dejaron a su prole huérfana. El heredero, Brayton, conmocionado por su nueva condición y abrumado por la responsabilidad, pidió ayuda a Sigourney. Esta aceptó volver con el fin de velar por la educación y salud de sus hermanos y de paso alejarse de un matrimonio que había logrado agriarle el alma. Nadie reconoció a aquella mujer vestida de negro, de mirada envejecida y rostro crispado. En cambio, la acogieron con la esperanza de recuperar el carácter amable de la hermana que se había marchado años atrás.

Sigourney tomó las riendas de la familia con férrea determinación. Le disgustó soberanamente la libertad con la que se movía Elinor. No soportaba la protección fraternal de la que hacía gala Brayton. Los celos comenzaron a tejer una fina capa sobre Sigourney; tal era la envidia que llegó a cegarla. Nada de lo que hacía o decía su hermana lograba calmar la inquina que anidó en ella. La rabia bullía en sus entrañas, pues Elinor encarnaba la belleza ideal, poseía buenos modales e inteligencia, sus bordados superaban a los suyos y podía comer cuanto quisiera que su figura no se veía deformada.

Su mente enfermiza no dejaba de hacer comparaciones, y culpaba de sus males a Elinor.

Sigourney no reparaba en que los rasgos más bellos recaían en Cecily, la benjamina. Si bien Elinor era una joven de rostro armonioso, su rasgo más destacable era el color de sus ojos. El azul violáceo de su mirada desviaba la atención de su nariz chata y su boca de finos labios. Era cierto que Elinor competía en apetito con su hermano mayor, pero Sigourney no reparaba en que solía realizar grandes trayectos a pie, ayudaba en las cocinas y corría detrás de los pequeños con el fin de evitar que se hicieran daño. El ejercicio físico era la clave para mantener un cuerpo atlético. En cuanto a su habilidad para bordar, no respondía a otra cosa que a los meses de encierro cuando la enfermedad vagaba por la ciudad. Si bien le gustaba leer, la biblioteca de su padre no le ofrecía lecturas entretenidas. En cambio, gustaba de ayudar a su hermano con la redacción de cartas oficiales. Elinor no era una intelectual, por más que Sigourney se quejara del mal hábito por saber de todo: tan solo le gustaba tener largas charlas con Brayton y que este le hablara de sus viajes. En especial cuando acudía a la frontera para mantener a raya las incursiones escocesas.

Desde el primer día que Sigourney se impuso como figura materna, se fijó el objetivo de expulsar a Elinor de la vivienda, bien por medio de un matrimonio concertado o por la vía monástica. Al comprobar que Brayton, como cabeza de familia, no estaba dispuesto a buscarle un buen partido, Sigourney se volcó en su relación con el sacerdote de la iglesia de St. Michael.

Jeffrey Dagger era el hijo segundón de una familia de comerciantes. El santo oficio le resultó atractivo, pues le garantizaba un plato de comida a cambio de su devoción a Dios. Tras pasar un largo período en Francia, se hizo cargo de la parroquia imbuido del deber de erradicar la herejía. A sus

cuarenta años, Dagger regresó convertido en seguidor de las corrientes católicas en las que se dotaba a Satanás de más protagonismo en la vida diaria. Desde ese punto de vista comenzó a vanagloriarse de llevar al rebaño lejos de las garras de Lucifer.

Sigourney obligó en varias ocasiones a Elinor a acudir a la iglesia fuera de las horas de misa. Aseguraba al sacerdote que su hermana menor se comportaba de forma pecaminosa. La hermana mayor se regocijaba al ver cómo Elinor era reprendida por el sacerdote: por fin, alguien comenzaba a valorarla más a ella que a su hermana pequeña. Este aliciente fue suficiente para continuar llevando a Elinor para que Dagger la azorara con sermones relativos a las almas que arden en el infierno y alabara la gran devoción que Sigourney mostraba por Dios.

En un principio, Elinor no comprendía qué mal había en ella para merecer el castigo eclesiástico. Pasaba horas arrodillada frente al altar rezando las oraciones que le imponía Dagger sin apenas resistencia. Durante las largas tardes mirando al altar sospechaba que la locura había invadido a su hermana mayor, que algo en su interior no andaba bien. Quiso expresarle sus miedos al sacerdote, pero este se removió con enfado en su asiento antes de recriminarle que trataba de calumniar el alma bondadosa que residía en Sigourney.

Elinor, desesperada, recurrió a Brayton a la vuelta de uno de sus viajes. El nuevo barón reprendió a Sigourney por todo lo que había hecho a Elinor, avivando de esta manera el odio en Sigourney.

Durante las semanas que siguieron, gracias a que estaba Brayton, la joven pudo librarse de los sermones del padre Dagger. Respiró tranquila, volvió a ocuparse de sus hermanos pequeños y creyó que todo había terminado. Muy al contrario, sin poder evitarlo, su juventud, entremezclada con su mi-

rada envuelta en inocencia, fue suficiente para hacer crecer la llama del deseo en la fervorosa mente de Jeffrey Dagger, el clérigo, al haberle sido arrebatado el tiempo que pasaba a solas con la joven. Este hecho avivó en él la atracción que Elinor representaba como fruto prohibido.

En una ocasión decidió acudir a la residencia de los Mutton, pues llevaba demasiado días con la imagen de la muchacha provocándole oscuros pensamientos.

—¡Oh! Qué honor supone vuestra visita, padre —lo agasajó Sigourney, contenta de que tuviera esa deferencia con ella.

—Sí, llevo más de una semana preguntándome cómo os encontráis vos y vuestra hermana —comentó Dagger sin quitar los ojos de encima de Elinor, quien se sentaba sobre unos almohadones colocados sobre el alféizar, con el bastidor en sus manos y la mirada puesta en su bordado. La presencia del sacerdote comenzaba a asfixiarla. No le gustaba la forma en la que trataba de ahondar en ella con la mirada, ni la manía de relamerse los labios viscosos como si Elinor fuera un bocado a punto de ser ingerido. Ella se había criado bajo las enseñanzas de la religión católica, pero rechazaba la pasión exacerbada de la que hacían gala su hermana y el sacerdote. Tuvo que tomar aire despacio para soportar la presencia de ambos.

—Agradecemos su preocupación —comentó Sigourney al comprobar que Elinor no se iba a dignar en contestar al sacerdote—. Mi hermano ha vuelto de su viaje y requiere de la presencia de ambas en la casa.

—Una lástima; apenas habíamos avanzado en nuestras enseñanzas. ¿No lo creéis así, querida Elinor? —Dagger rogó al cielo que la doncella volviera sus ojos violeta hacia él. Necesitaba su contacto visual para aliviar su tormento.

—Ya que hace mención a mis lecciones, creo que he terminado por comprender la palabra del Señor —respondió Elinor con hastío—. Estoy segura de que habrá otras almas

a las que iluminar en su camino. Yo me siento agradecida: creo que podré conducirme como una buena cristiana después de haberlo conocido.

Elinor sonrió, contenta por deshacerse del sacerdote, de sus sermones y de sus interminables oraciones arrodillada bajo su mirada. Él, en cambio, atisbó una invitación en ella. Azorado por su propia reacción ante su sonrisa, balbució antes de lograr idear un plan:

—¡Oh! Lo he hecho con sumo gusto. Ahora que veo que ha asimilado las palabras del Señor, creo que está usted preparada para ingresar en el convento benedictino...

Elinor no pudo evitar carcajearse. Su reacción provocó que el sacerdote diera un respingo, molesto.

—¿Quién os ha dicho que tomaré los hábitos? —preguntó Elinor, divertida.

—Eh... creo... Veréis... —tartamudeó el sacerdote mientras buscaba ayuda en Sigourney.

—Tienes más de dieciocho años y no has contraído matrimonio —contestó con frialdad Sigourney, sonrojada por la vergüenza que su hermana le estaba haciendo pasar ante Dagger—. ¿Acaso crees que tienes muchas más opciones? El reverendo ha sido muy amable al ofrecerte su influencia para que te acepten en el convento...

—No es algo que te incumba, Sigourney, y, con todos mis respetos, padre, pero a vos tampoco. El único a quien debo obedecer es al barón, y por suerte este me prefiere doncella.

—¡La soberbia que mostráis debería avergonzaros! —El padre Dagger se levantó a la vez que Elinor y se acercó a Elinor con violencia—. Os azotaré si hace falta para que respetéis a vuestra hermana. La vida monacal no puede ser despreciada como lo habéis hecho.

—Si eso creéis, señor, entonces será que no soy merecedora de tan alto rango. —Elinor elevó el mentón y contestó

con fiereza—: Ahora, si me disculpáis, tengo asuntos más importantes que resolver.

—¿Qué puede ser más importante que vuestra propia alma? —Dagger la siguió hasta la puerta, incapaz de dejarla marchar.

—¡Oh, padre! —Lo recorrió con la mirada de manera irreverente— Mi alma se enriquece sin necesitar la sombra de un crucifijo. Ahora, si me disculpáis... Hermana...

Elinor realizó una reverencia antes de cerrar la puerta con un sonoro portazo. El mismo que hizo que la lujuria que llevaba fraguándose en el interior del sacerdote llegara a su punto álgido. Necesitaba someter a esa muchacha, por su bien y porque así, se dijo, se lo había ordenado el Señor.

3

CASTILLO DE COILL, ESCOCIA

Tras un arduo entrenamiento, donde habían medido sus capacidades, los guerreros McLeod se tomaban un descanso. Una joven doncella se acercó con jarras de cerveza fresca cuando el jefe Mackenzie le hizo una señal. Daimh estaba contento de poder pasar unos días con sus amigos de la infancia. Su tío, Alistair, aunque mucho mayor que ellos, había culminado el combate con gran éxito. Nadie podía dudar de la fortaleza del laird McLeod. En algún momento de la charla alguien hizo alusión a los cambios de un hombre después de contraer nupcias.

—Decídmelo a mí: he accedido a que mi esposa visite a los Fergusson.

—¿La castellana viajará a las Lowlands? —se extrañó Daimh.

—¿Qué se le ha perdido en esas tierras? —gruñó Irvyng alzando una tripa llena de agua.

—Más bien quiénes —rectificó Alistair—. Su hermano contrae nupcias con una Maxwell y desea estar presente en el enlace. Es el primogénito, y al parecer es una gran alianza. Han acordado celebrarlo en el castillo de Caerlaverock. No es común una petición así, por eso no he tenido más remedio que claudicar. Desde que Aila nos reconcilió, vivo en una continua negociación. Os aseguro que Meribeth puede ser tan dura como un Campbell a la hora de exigir un acuerdo.

Todos se carcajearon ante la mueca de fatalidad que mostró el laird.

—Por suerte, tengo a mis muchachos para evitarme el suplicio de acompañarla. —Alistair guiñó un ojo a Clarion y a Archie al mismo tiempo que les pasaba la jarra de cerveza.

—Será un honor, laird —respondió Archie con solemnidad antes de beber.

—Sí, laird, el mismo honor que si nos enviaseis a una batalla crucial para la historia de Escocia —replicó Clarion, sarcástico, sin evitar mofarse del carácter conciliador de Archie. En voz baja añadió—: Se me antoja una misión tan interesante como ir en busca de una vaca lechera.

—Recuerdo que no hace mucho os envié a por una curandera a la isla de Skye y la vida de más de uno ha cambiado desde entonces —contestó Alistair sonriendo ante los matrazos que se intercambiaron Archie y Clarion.

—¡Pardiez, no quisiera terminar enredado con una Fergusson! —escupió Irvyng tras su exclamación.

—Amigo, no tienes remedio —avisó Clarion con gesto compungido y con la mirada en Alistair.

Irvyng fingió no entender.

—¡Meribeth era una Fergusson! —barbotó el aludido.

—Sé lo que me digo, laird: las gentes de las Lowlands no son de fiar.

Como de costumbre, Irvyng se mantuvo imperturbable. Si creía en algo, nada, ni nadie, podía hacerlo cambiar de opinión. La conversación continuó largo tiempo después entre anécdotas y refriegas dialécticas. Cuando acordaron acudir al riachuelo a quitarse la suciedad de encima, Daimh e Irvyng se quedaron rezagados. Poco antes de atravesar la barbacana el Mackenzie colocó una mano sobre el hombro del rubicundo consejero.

—Creo que deberías acompañar a los muchachos en la incursión al sur —sugirió Daimh.

Irvyng se rascó la barba y entrecerró los ojos antes de contestar:

—Es por lo que vio Aila, ¿no es cierto?

Daimh dibujó una media sonrisa, divertido ante la suspicacia de su compañero de batalla. Tan solo asintió.

—No sé si a los demás, pero a mí no me convenció la historia de la tormenta de vuelta a casa y el posible riesgo de desprendimiento —comentó Irvyng—. Aila vio algo aterrador, y no entiendo por qué no nos ha obligado a detener lo que quiera que haya visto. Si quieres que viaje al Sur, debes decirme a qué me enfrento.

—La visión traspasaba fronteras, años y siglos —confesó Daimh—, pero también se le presentó una joven que llegará de muy lejos y pondrá a prueba la lealtad de muchos de nosotros.

Anduvieron en reflexivo silencio.

—Sea, los acompañaré —aceptó Irvyng—. Cuando hay una mujer en el camino de alguno de nosotros las cosas se vuelven de lo más divertidas.

—¡No he dicho que estés a salvo de esa muchacha! —quiso amedrentarlo Daimh.

—¡Bah! Si llegara a estarlo, me mandarías de cabeza sin decirme una palabra, como estás haciendo con ellos. —Irvyng lo agarró del cuello con fiereza para restregarle los nudillos en la coronilla—. Te perderás una buena, Daimh.

—¡Lo sé! —se carcajeó— No puedo dejar mis obligaciones con el clan, pero estoy seguro de que Clarion agradecerá que estés allí cuando todo pase.

—¡Clarion es el elegido! —gruñó Irvyng, triunfal, antes de reírse con la maldad dibujada en sus facciones.

Minutos más tarde Irvyng se prestaba para sumarse a la comitiva de Lady Meribeth.

—¿Y qué oscuro motivo guardas para querer venir con nosotros? —le preguntó Archie, desconfiado ante el nuevo y conflictivo miembro de la misión.

—Hace tiempo que no le rompo la nariz a nadie de las Lowlands. —La helada sonrisa que surgió del fiero rostro hizo resoplar al grupo.

—No traerás nada bueno, Irvyng; no concibo un viaje tranquilo contigo gruñendo a toda persona que se cruce en nuestro camino —le aseguró Archie—. Mi laird, pensaos bien si aceptar la oferta de este animal. Daimh, ¿no lo tenías bien atado aquí con los Mackenzie?

—Lo siento, amigo, pero necesito que alguien acuda en mi nombre y de paso logre algún trueque de mercancías interesante —contestó Daimh—. Por la zona sur se mueven piezas muy valiosas.

—Si te fías de Irvyng y de lo que pueda considerar valioso para los Mackenzie, ten por seguro que traerá la cabeza de algún jefe de clan —contestó Clarion—. Y, con ella, una lujosa guerra con las Lowlands. Son de sobra conocidas las habilidades de Irvyng para negociar.

Clarion compuso una expresión de fatalidad tras sus últimas palabras.

—Al contrario que vosotros, creo que Meribeth estará más segura si Irvyng se suma —confesó Alistair.

Y como laird de los McLeod, tuvo la última palabra en el asunto.